LIAO ZHIYUAN

LA ETERNIDAD ES UN POEMA

Mano Izquierda Editores

LIAO ZHIYUAN
La Eternidad Es Un Poema

Fotografía Portada: Pawel Czerwinski by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Pawel Czerwinski by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

LIAO ZHIYUAN

LA ETERNIDAD ES UN POEMA

Mano Izquierda Editores

Retrato del autor

Prólogo

La eternidad no dura para siempre, aunque su nombre mienta con la boca llena de siglos, aunque cada amanecer prometa repetirse sin fisuras hasta el final de los finales, algo en su centro guarda una grieta que ningún dios quiso nombrar jamás, una fecha oculta bajo capas de infinito, un reloj sin manecillas que igual cuenta y avanza.

Imagino el día en que el tiempo cierra su último párpado sin drama, y el universo entero suelta el aliento que sostuvo billones de años sin pausa, las estrellas apagan sus hornos uno tras otro, cansadas de arder para nadie, la materia olvida su forma y regresa a un silencio que nunca conoció límites ni orillas.

Yo pienso en ese instante como quien piensa en la última página de un libro que ama demasiado, no con miedo, sino con esa curiosidad áspera que sienten los que quieren saber qué hay detrás del telón, porque si la eternidad termina, entonces también termina la excusa de posponerlo todo, la costumbre humana de decir "después" cuando el después ya no tiene dónde caber.

Quiero preguntarle a la eternidad, antes de que se apague, qué guardaba en el bolsillo, qué escondía bajo la lengua mientras nos convencía de que ella jamás llegaría a su bor-

de, quiero saber si mintió por piedad o si simplemente no conocía su propio tamaño, como esos ríos que nunca han visto el mar y hablan de sí mismos como si fueran el mundo entero.

Después de la eternidad no llega la nada limpia que algunos prometen con tanta certeza, llega otra cosa, algo sin nombre todavía, algo que ningún idioma humano alcanzó a nombrar bien, tal vez un silencio que respira despacio, tal vez una quietud que sigue moviéndose por dentro, tal vez el eco de todo lo que existió, doblado sobre sí mismo como una carta vieja.

Pienso en los amantes que juraron amarse por toda la eternidad sin medir lo que decían, y ahora imagino ese juramento llegando también a su límite, cumpliendo su condena con honestidad, no porque el amor fallara, sino porque hasta las promesas más grandes necesitan un borde, un lugar donde detenerse a mirar hacia atrás y decir: esto existió, esto tuvo peso y forma.

Qué hace un dios cuando su eternidad se acaba, me pregunto mientras camino bajo un cielo cualquiera, ¿se sienta a esperar como cualquier mortal, ¿acaso llora, acaso ríe, acaso guarda silencio con dignidad?, tal vez descubre, en ese último segundo, que ser eterno nunca significó ser infinito de verdad, que incluso lo más grande necesita un final para que alguien, en algún lugar, pueda entenderlo entero.

El fin de la eternidad no destruye el pasado, lo sella, lo guarda como quien guarda una semilla, todo lo vivido queda ahí,

comprimido, esperando otra primavera que quizás nunca llegue a abrirlo, y aun así ese pasado pesa, ocupa un lugar, insiste en haber ocurrido con toda su fuerza, porque haber existido, aunque sea por un tiempo enorme, deja una marca que ningún vacío puede borrar del todo.

Camino por esta idea como quien camina por un pasillo que se estrecha poco a poco, y al final del pasillo no hay una puerta ni un abismo, hay apenas una pregunta abierta, ¿qué inaugura el silencio cuando termina lo que se creía interminable, qué siembra en su lugar?, tal vez otra forma de tiempo, más pequeña, más humilde, que no necesita jurar que durará para siempre.
Quiero pensar que después de la eternidad nace algo parecido al descanso verdadero, no el descanso que interrumpe el trabajo, sino el que llega cuando ya no queda nada por sostener, un descanso sin urgencia, sin la obligación de seguir siendo infinito para justificar su existencia, un descanso que por fin puede decir "esto terminó" sin que esa frase suene como una derrota.
Y si me preguntan qué queda cuando la eternidad se apaga, respondo sin apuro, queda la memoria de haber creído en ella, queda el gesto de quienes construyeron catedrales para durar siempre, queda el error hermoso de medir el amor y el dolor con una vara que no existe, queda, sobre todo, la certeza nueva de que hasta lo más vasto necesita un límite para tener sentido real.

Porque un infinito sin final es solo ruido que nunca se convierte en música, y la eternidad, para significar algo, necesitaba siempre ese último acorde que la cerrara con cuidado,

esa nota final que no anula las anteriores sino que las completa, que las vuelve canción, y ahí, justo ahí, en ese cierre, empieza lo que viene después, todavía sin nombre, todavía por escribir.

廖致遠
Liao Zhiyuan

廖致遠

Donde el tiempo no muerde

I

No preguntes el nombre de aquello que no cesa
porque ningún sonido lo ciñe.
Llega como la savia que revienta la corteza
sin preguntar permiso a la madera,
como el fulgor que beben las raíces del trigo
y que un día devuelven en espiga.
No mide su estatura con la vara del hombre
ni reposa en la cárcel que dibuja un reloj.
La eternidad no empieza:
simplemente respira debajo de las cosas
igual que un río oscuro bajo un lecho de piedras,
igual que un dios sin templo que se niega a dormir.

II

He visto la eternidad en el ojo del buey
cuando mastica lento la penumbra del establo,
en el temblor del agua que sostiene la garza
un segundo más largo que todos los veranos,
en el beso que guardan dos amantes ancianos
sin urgencia de labios, sin destino de arena.

Ella vive en la pátina verde de una fuente
que lame el mismo mármol desde que Roma ardía,
en el hacha de sílex que alguien pulió con sueño
y que ahora, en la vitrina, aún conserva el sudor.
No es un después eterno, no es un antes eterno:
es el siempre que anida en cada cosa breve
cuando la mirada aprende a no pedir retorno.

III

El granito conoce su manera de ser.
Paciente, sin memoria, deja que el liquen grabe
alfabetos de oxígeno sobre su piel desnuda.
No espera recompensa por sostener montañas
ni teme que la lluvia le robe su dureza.
El viento que hoy despeina los cabellos de un niño
ya despeinó las crines del caballo de Atila,
ya movió las banderas que nunca regresaron,
ya secó las mejillas de una madre neolítica.
Todo lo que respira bebe un aire prestado
que jamás se jubila, que no conoce dueño,
un aire que fue grito en la garganta fenicia
y será arrullo torpe de un padre del mañana.
En este mismo instante, una molécula de oxígeno
entra en mis pulmones y ya estuvo en los vuestros,
cruza este verso, escapa, no pide despedirse.

IV

No busques la eternidad en la muerte.
La muerte es solo el golpe que quiebra la vasija,
pero el agua ya corre pendiente abajo, libre.
Mira en cambio la noche: sus estrellas escriben
un fulgor que viajó sin cintura de tiempo
y que llega a tus ojos cuando su fuente ha muerto.
Esa luz que ahora posas sobre esta página blanca
abandonó su hogar antes de que existieran
las manos que sembraron el primer juramento.
Ella sí sabe arder sin consumirse nunca,
viajera sin equipaje, novia del infinito.

V

¿Has visto alguna vez el gesto de un alfarero
cuando gira la arcilla y su pulgar la ahueca?
Sus dedos no modelan una forma distinta:
modelan la memoria de todas las vasijas
que otras manos parieron junto al Tigris, al Nilo,
al Guadalquivir lento que enamora naranjos.
Repite sin saberlo una danza que danza
la especie desde el día que un hambre vertical
nos irguió la columna para mirar más lejos.
Así teje la eternidad su tapiz sin costuras:

con el hilo de un hombre que nunca está solo,
con la hebra que hereda de vientres olvidados
y que atará mañana al telar de su nieta.

VI

No te hablo de un cielo donde ángeles conversan.
Te hablo de este planeta que suda sales vivas,
del océano madre que incansable regresa
a lamer con su lengua de espuma nuestras huellas.
La ola que ahora estalla contra el acantilado
es la misma que un día devoró el paraíso,
la que arrulló las quillas de fenicios mercantes,
la que verá partir las naves del exilio
cuando el hombre conquiste planetas de silicio.
El mar escribe y borra, y al borrar ya prepara
el reverso de un verso que otro mar contaría.

VII

Escucha en el silencio de una biblioteca:
el polvo que hoy se posa con dulzura en los lomos
fue polvo de una estrella, fue pétalo en Persépolis,
fue ceniza de Safo, fue harina en un molino.
Cada mota de polvo contiene en su pequeña

arquitectura ciega la suma de los siglos.
Nada desaparece: se transforma, se acuesta,
se levanta con otro disfraz, con otro peso.
La eternidad es solo este baile de átomos
que no tienen memoria pero guardan la historia.

VIII

No mires al reloj con ojos de náufrago.
El tiempo es el invento que la mente construye
para entender el hambre con que devora el fuego
la madera del día, pero el fuego no sabe
de minutos, de calendarios, de cenizas.
La eternidad no dura, porque durar implicaría
una espera, un desgaste, un mañana incompleto.
Ella simplemente está, como está la semilla
dentro de la manzana antes de la manzana,
como estaba la música en la cuerda antes del arco,
como estará este verso cuando ningún idioma
recuerde que un humano doblaba las palabras
para nombrar el hambre de no tener final.

IX

Eternidad eres tú cuando amas sin promesa,

cuando olvidas que tienes un esqueleto y fecha,
cuando tu mano izquierda no pregunta a la diestra
si vale la pena regar una planta que no verás crecida.
Eres eternidad cuando el canto del mirlo
te detiene en la calle y por un breve instante
que no mide ningún cronómetro
contienes la respiración y ya no pesas,
ya no recuerdas tu nombre ni tu deuda,
eres solo un oído que flota en la mañana
sin ayer, sin después, sin cicatrices.
Todo acto de entrega total al presente
rompe la tiranía del segundero.
El niño que persigue pompas de jabón
no sabe que persigue la eternidad perfecta
de una esfera que estalla en risa mojada
sin que su destrucción implique fracaso.

X

He visto la eternidad en los ojos del perro
que espera junto al féretro de su dueño
y lame esa madera que no devuelve nada.
Su fidelidad no conoce la losa,
no entiende de finales, no concibe el abandono.
Espera con la calma de quien sabe que el tiempo
es solo una palabra que los humanos lloran,

y en su paciencia mineral, en sus pupilas
donde la luz se quiebra como en un lago quieto,
la eternidad encuentra su más hondo alfabeto.

XI

También guarda el insecto atrapado en el ámbar
una lección de siglos para quien sepa oírla.
No forcejea ya; su quietud nos enseña
que rendirse a la piedra transparente
es una forma rara de seguir existiendo.
Las alas que nunca más surcarán el estío
surcan ahora vitrinas, pupilas, libros de ciencia,
surcan este poema, surcan tu pensamiento.
Nada muere del todo cuando alguien aún mira.
La eternidad se posa en la contemplación
como la mariposa que cierra sus dos mapas
sobre la flor y crea un país que no termina.

XII

Mira el cielo nocturno sin pedirle respuestas.
Allí, en esa negrura salpicada de fósforo,
lee la biografía de tu propia materia:
el calcio de tus huesos se fundió en una estrella,

el hierro de tu sangre viajó en meteoros,
el carbono que late en el lóbulo izquierdo
de tu cerebro torpe que busca definiciones
bailó en la nebulosa que acunó el primer llanto.
Eternidad es esto: saberse polvo estelar
que por un breve instante cobró consciencia,
alzó la vista al cosmos y preguntó su origen.
La pregunta ya era la eternidad de vuelta.

XIII

No maldigas la rueda que no para.
Gracias a que se mueve podemos ver el río
cambiante bajo el mismo puente que envejece.
El río siempre es otro, dijo el sabio de Éfeso,
pero también es siempre el mismo descender
de la nieve hacia el delta, del delta hacia la nube,
de la nube hacia el pómulo tallado de la sierra.
Eternidad es esta noria que el agua mueve
sin jamás fatigarse, sin pedirnos monedas,
sin preguntar si somos los mismos que miramos
o si nuestros abuelos ya miraron lo mismo.
Ella simplemente gira, canta su canción líquida,
y en su girar nos lava los pies y la memoria.

XIV

Porque la eternidad ama los cuerpos.
Ama el sudor salobre del campesino,
la cicatriz que cruza la rodilla del niño,
la arruga que dibuja un mapa junto al párpado.
Ella no es una idea vestida de blancura,
no es un concepto pálido en la mente del monje:
es el peso del cuerpo cuando abraza otro cuerpo,
es el calor que sube del pecho compartido,
es la humedad sagrada donde dos se disuelven
y olvidan por un instante que poseen un nombre.
En el orgasmo breve, en el beso profundo,
la eternidad se ríe de todos los relojes.
No necesita siglos para probar que existe:
le basta con dos bocas que se buscan a oscuras
y encuentran en la carne su más pura evidencia.

XV

¿Dónde anida la eternidad? No en los mármoles,
no en las estatuas que la lluvia desgasta,
no en los libros que el fuego devora con ternura.
Anida en la semilla que el campesino entierra
sabiendo que sus hijos comerán la cosecha.
Anida en la canción que una madre murmura

y que su madre oyó de otra madre más vieja,
en esa melodía que cruza las edades
sin letra fija, sin autor, sin partitura,
tan solo con el hilo caliente de la sangre.
Anida en el maestro que enseña una fórmula
y al enseñar siembra un bosque de futuros.
La eternidad es esta cadena de manos
que se pasan el fuego sin dejarlo morir.

XVI

No te pido que entiendas. La eternidad no pide
el asentimiento triste de la razón.
Ella florece cuando la razón se rinde,
cuando aceptas que el mar no cabe en un cubo,
cuando aceptas que el cielo no cabe en un verso.
Basta con que te acerques a un árbol muy antiguo
y apoyes la mejilla contra su piel rugosa.
Siente cómo circula bajo la dura capa
una savia que nadie puede datar con cifras.
Ese latido lento, esa paciencia verde,
esa respiración que no conoce prisa
te dirá más de la eternidad
que todas las bibliotecas de Alejandría.

XVII

Puedo darte una imagen final para el viaje:
imagina una playa donde nunca hubo nadie.
La ola besa la arena, retrocede,
besa otra vez, retrocede, besa otra vez.
En su ir y venir manso no hay testigos,
no hay propósito alguno, no hay destino.
Solo el pulso del agua, solo el pulso del mundo.
Eso es la eternidad: una ola sin playa,
un latido sin corazón que lo escuche,
un canto que no cesa aunque todos los pájaros
emigraran un día hacia un silencio sordo.
Una ola en una playa donde nunca hubo nadie,
que besa y se retira, besa y se retira,
besa y se retira, y no necesita más.

XVIII

Ahora suelta el poema como quien suelta un pájaro.
No mires si se posa en un alero próximo
o si huye hacia un bosque que desconoces.
La eternidad que buscas ya estuvo en el buscarla,
ya habitó la pregunta con que abriste la puerta,
ya respiró en tu nuca mientras leías esto.

Date vuelta despacio, mírala de frente:
es esa sensación de que nada termina
cuando todo termina. Es esa paz extraña
que no viene del logro, que no espera respuesta.
La eternidad eres tú, ahora,
en este preciso instante,
leyendo este silencio que mis palabras tejen,
vivo para siempre en este parpadeo
que ningún dios podría arrebatarte.

no longer a static definition
but a transient state

El tiempo gastó su última aguja contra la piel rugosa del vacío. No queda memoria que guarde la forma exacta de un segundo, ni sobrevive un solo grano de materia para recordar el peso de las galaxias. Creíamos que la eternidad ocuparía el trono sin grietas de la perpetuidad, que la duración infinita resistiría la erosión del pensamiento, pero la eternidad acumuló un cansancio atroz en sus rodillas de piedra y desgastó sus propios bordes de horizonte hasta descubrir su inesperado límite.

Colapsaron los pilares del continuo bajo el peso de sus propios números, las dimensiones se encogieron como papel seco expuesto al fuego primordial y las leyes físicas extinguieron su brillo en un parpadeo sin retorno. Sucedió lo impensable: el siempre perdió su significado original, el jamás quebró la promesa que sostuvo durante eones y la nada dejó de sostener el edificio invisible de la existencia.

¿Qué despierta cuando la eternidad firma su propia renuncia? Más allá del último ciclo no aguarda el silencio, porque el silencio exige oídos y frecuencias para medir su pausa. Tampoco habita allí la oscu-

ridad, pues la sombra necesita una antorcha lejana que la defina por contraste. Surge un estado incognoscible, una quietud estática que ignora la geometría, un territorio donde el ser no reclama espacio, ni forma, ni duración.

Vemos el desmoronamiento de lo incalculable sobre su propia abundancia. El cosmos agota el inventario completo de sus posibilidades, los átomos abandonan la antigua danza de la atracción y el tejido de la realidad disuelve su último vapor en el no-lugar. La eternidad consistía apenas en una ilusión de escala, en una mentira piadosa que inventaron las matemáticas para no contemplar el abismo que rodea a toda estructura.

El gran reloj universal detiene su muelle interno y tritura los engranajes. Lo que irrumpe tras el colapso del tiempo no guarda relación con la vida ni con la muerte. Es la disolución absoluta de la pregunta y de la respuesta, la cancelación del registro histórico de la luz, el fin del concepto mismo de la permanencia. El final alcanzó a lo interminable, cerramos el último tomo del universo, y en el sitio que ocupaba la eternidad, reina un vacío sin principio, sin fin y sin regreso.

Después del último instante de la eternidad

No temo a la muerte.
Tampoco temo al nacimiento,
ni a la lenta herrumbre de las galaxias,
ni al cansancio de los soles,
ni al silencio que crece
cuando una civilización olvida
el nombre de sus primeros dioses.
Temo otra cosa. Temo el día
en que la eternidad descubra
que ya no posee más extensión.
Temo la hora en que el infinito agote
la costumbre de prolongarse.
Porque incluso la palabra "siempre"
arrastra un borde si alguien la pronuncia
desde el lugar correcto.
Imagino una última jornada del universo.
Imagino el último latido de aquello que sostiene
todos los últimos latidos.
La eternidad, vieja arquitecta de todos los calendarios,
camina entonces sin advertir que el camino termina.
Se abre otro horizonte y se levanta otro mañana.
Pero cada paso consume un espesor invisible.
Cada segundo desgasta la materia secreta

con la que ella misma construyó la duración.
Nadie observa ese desgaste.
Los agujeros negros continúan devorando luz.
Las partículas continúan inventando probabilidades.
Las dimensiones continúan doblándose.
Los universos continúan naciendo
como semillas dentro de frutos imposibles.
Todo parece normal. Solo la eternidad pierde peso.
Solo ella conoce una sed que ninguna edad consigue apagar.
Los relojes carecen de instrumentos para medir
el agotamiento del tiempo absoluto.
Las matemáticas repiten símbolos, los filósofos
discuten definiciones. Los dioses callan y los profetas esperan.
Las inteligencias futuras calculan millones de modelos.
Ninguno encuentra la grieta.
Porque la grieta no atraviesa el espacio.
Atraviesa la capacidad del universo para continuar.
Llega entonces el penúltimo momento.
Nadie lo reconoce. Una estrella enciende hidrógeno y
Otra se derrumba.
Una criatura descubre el amor en la antesala del último instante.
Otra, olvida su propio nombre mientras la catástrofe inminente.
Una lluvia ácida cae sobre un planeta desconocido.
Un niño imagina que el mañana nunca terminará.
La eternidad simplemente alcanza su última posibilidad.

Un libro que ofrece la última página para que el lector inicie
[un nuevo libro.
Todavía queda una lámpara que consume la última gota de aceite.
El futuro renuncia a su oficio. La sucesión de los hechos
[pierde sentido.
La causa abandona el efecto y el movimiento deja de ser una
[ilusión óptica
El antes suelta la mano (o la garra) del después.
La historia deja caer todos sus verbos, libros, tomos.
El cambio pierde la dirección y olvida cómo avanzar,
[o retroceder.
La permanencia se vuelve inestable, el universo entero
[presume que
Aún puede persistir, pero ya el tiempo aprisa se acorta,
las galaxias ya no envejecen más, se minimizan y se pasan
[al lado oscuro
De la antimateria, vieja enemiga de los multiversos.
Lo que es el ahora, concluye.
Porque incluso el nunca necesita un lugar donde extenderse.
La eternidad, por primera vez, carece de sí misma de cuerpo,
[volumen, densidad.
Jamás temimos a la muerte sino al vacío posterior del tiempo
[en el no tiempo.
Pero ese vacío todavía pertenecía, o debería, acaso, ser de la
[eternidad.

Las palabras necesitan orden, el orden diferencia, la diferencia comparación, la comparación permanencia, la permanencia no se conserva, se diluye, se deshace.
No puedo llamarlo realidad cognisciente, ni el Tao se atrevió a clasificarlo, o nombrarlo.
Si esto que se destruye ya no es el Tao, pero a la vez lo es, entonces la realidad
todavía distingue lo existente de lo inexistente, más allá de los códigos binarios utsupras.
La nada ya no conserva la culpa de que el todo tenga un final.
Sin sombra, sin borde, sin fuerza de centro.
Las geometrías se fueron de sabáticos, ya no habrá matemáticas puras que expliquen cómo es posible este suceso.
Todo pierde en sus direcciones y la lógica abandona sus puentes y fuertes.
La verdad dejó de ser yang y la mentira el yin de sus emociones, no se reconocen, tampoco se amalgaman.
Ningún dios reina o abdica, se fueron de sabático, nos dieron al abandono y el desprecio total. Quizás se diluyeron los dioses con los agujeros negros del universo, abierto de capa a los multiversos que también se destruyen, donde ya nada es lineal o de corrido.
El big Crunch no conlleva a un big bang, esta vez no. Ya no hay tiempo que perder para renacer de nuevo, esta vez no.
Todo lo que alguna vez existió, cruzó los límites para dejar

de existir. Alcanzó, por fin, la frontera de lo que nunca imaginó. No queda nada por descubrir o deslumbrar.
Es en el último lapso, que la respiración se agota y deja de insuflar. Ni el silencio o la oscuridad reinan. En el vacío permanece los rezagos de lo que alguna vez fue.
Solo queda aquello que ningún pensamiento consiguió anticipar, la eternidad llegó a su último e irrepetible fin.

TAXPO
臺北

El día que la eternidad se canse

I

No creas que la eternidad es un anillo ciego.
También ella envejece en su guarida de cristal,
también sus huesos de platino crujen a veces
cuando nadie la invoca y los siglos se amontonan
como hojas muertas en un parque sin barrendero.
Imagina un reloj que marca siempre el mismo número,
la misma curva tensa de las doce y media,
y piensa en el desgaste de esa aguja que nunca avanza
pero que vibra, vibra, vibra sin testigos,
acumulando una fatiga de metal profundo.
Todo lo que parece inacabable
esconde una fisura que ni los dioses vieron,
una semilla de final plantada en su matriz
el mismo día que alguien pronunció la palabra "siempre".

II

¿Qué vendrá después? No el silencio,
porque el silencio es hijo del sonido que cesa,
y allí donde la eternidad se desplome como un techo de
[mármol

no existirá siquiera la ausencia del sonido.
No vendrá la oscuridad, porque la oscuridad
es la viuda que llora al fulgor asesinado,
y allí donde la lámpara perpetua se apague
no quedará ni el hueco que la luz abandona.
No vendrá el vacío, porque el vacío exige
un espacio que añora sus paredes perdidas,
y allí donde la eternidad se contraiga
como un puño que suelta su última pelea
no quedará espacio, ni nostalgia de espacio,
ni la palabra "allí" con que señalo el mapa.

III

Pensar el fin de lo que no termina
exige una herramienta que no posee la mente,
exige un verbo nuevo que no conjuga nadie,
un pretérito imposible para un futuro
que jamás será presente ni recuerdo.
Pero intentémoslo: cierra los ojos
y trata de evocar no el negro, sino el antes del negro,
no el agua, sino el antes del agua en la esponja,
no el llanto, sino el antes del llanto en la mejilla.
Eso que evocas, ese casi-nada que te roza los párpados,
esa sensación de borde sin precipicio,
se parece al aroma que tendrá el universo

cuando la eternidad exhale su último aliento
y no quede nariz para aspirar su muerte.

IV

La eternidad terminará un martes cualquiera.
Las fechas son ridículas, lo sé,
pero el colapso de lo inmenso ama la ironía
de elegir un día laborable, una mañana
en que los oficinistas beben café aguado
y nadie mira al cielo porque el cielo no avisa.
Terminará sin profecías, sin trompetas,
sin un ángel fornido que rasgue los siete sellos.
Simplemente, en el centro de su propia sustancia,
algo así como un dios diminuto y cansado
de sostener el peso de todo lo que existe,
decidirá soltar. Y soltará.
Como suelta la madre el borde del vestido
del niño que ya aprende a caminar sin ella.
Como suelta la mano el moribundo amado
cuando entiende que el río ya no pide remos.

V

Verás (aunque no verás, porque los ojos
serán la primera ofrenda que la carne entregue)
cómo la eternidad se deshilacha.
No explota, no implosiona, no se quiebra:
se desteje, se desteje, se desteje
como un jersey antiguo que una abuela deshace
para tejer con la misma lana otra prenda más tibia.
Cada hebra que se suelta era un milenio,
cada nudo que cede era una galaxia,
cada punto que escapa del ovillo era un nombre,
un amante, un planeta, una canción de cuna.
Todo vuelve al estado de posibilidad,
que no es el ser ni el no-ser, que no es la arcilla
ni la mano que amasa, sino el hambre de arcilla,
el sueño de la mano antes de la mano,
el vértigo que siente el vacío cuando sueña
que algún día será vientre de algo.

VI

¿Qué queda después? Te impacientas.
Quieres un paisaje, una ruina, una prueba
de que el fin de la eternidad deja algo en herencia.
Pero el lenguaje es una trampa que construye

sujetos donde ya no habrá gramática.
No "queda" nada, porque "quedar" implica duración,
y la duración era el negocio de la eternidad,
su pequeña empresa familiar de administrar instantes.
Cuando la eternidad cierre su contabilidad
y despida a sus últimos empleados
(las horas, los minutos, los segundos precarios),
no habrá quien "quede" ni donde "quedar" suceda.
Habrá, en cambio, un estado que ningún místico osó nombrar
por miedo a quedarse mudo para siempre.

VII

Imagina una biblioteca que contiene todos los libros,
todos los libros posibles, todos los libros imposibles,
los que escribieron, los que nunca escribieron,
los que arderán mañana, los que se perdieron en Alejandría,
los que un niño garabatea con los dedos en la arena.
Esa biblioteca inmensa, esa Babel de papel y tinta,
es la eternidad: cada volumen un siglo,
cada página un año, cada letra un latido.
Ahora imagina que un bibliotecario
(no un dios ni un demonio: un bibliotecario con gafas de marco de carey y un jersey de lana que pica en el cuello)
decide una tarde que ya ha leído bastante,
que conoce el final de todas las novelas,

que la tinta ha empezado a desteñir las palabras
y que su oficio de archivar el infinito
le ha robado el sabor del café de las mañanas.
Se levanta, se estira, toma su abrigo,
apaga las luces, cierra la puerta,
y la biblioteca entera (estanterías, manuscritos,
incunables, mapas de países que no existen,
poemas de amor que nadie ha dedicado)
se desvanece en el aire como un vaho en un cristal.
Eso será el fin de la eternidad:
una puerta que se cierra sin llave,
un pasillo oscuro donde alguien silba bajito
camino de su casa, hacia un hogar que ya no existe.

VIII

Y entonces (pero "entonces" ya no sirve,
porque "entonces" es un clavo que necesita pared,
y allí no hay pared ni clavo ni martillo)
...Y en ese no-tiempo, en ese no-lugar,
en ese no-estado que no podemos pensar sin anemia...
Diré que la eternidad, antes de irse,
tendrá un gesto de madre que recoge los juguetes
del niño que ha crecido demasiado rápido.
Recogerá las leyes de la física,
las doblará con mimo, las guardará en un cajón.

Recogerá las constantes universales,
la velocidad de la luz, la carga del electrón,
y las envolverá en papel de seda para otros universos.
Recogerá el amor, que tanto le costó inventar,
y lo dejará en un frasco de vidrio azul
etiquetado con caligrafía temblorosa:
“Frágil. No abrir. Contiene todo lo que fuimos.”
Luego apagará las estrellas una a una,
no con furia, sino con la dulzura de quien sopla
las velas de una tarta de cumpleaños
en una fiesta a la que ya no asisten niños.
Y el último destello será una risa,
porque la eternidad, a pesar de todo,
tenía un sentido del humor muy extraño.

IX

Lo que vendrá no es algo. Lo que vendrá es el fuera,
el afuera absoluto de todos los adentros,
el exilio de la categoría, el destierro
del verbo, del sustantivo, del adjetivo que aún muerde.
Lo que vendrá no admite metáforas,
pero yo, que soy terco como todo poeta,
insistiré con palabras que se quiebran
al tocar el borde de lo que no existe.
Lo llamaré “el desierto sin arena ni ausencia de arena”,

lo llamaré “el océano sin agua ni sed de agua”,
lo llamaré “el útero sin feto ni nostalgia de feto”,
lo llamaré “el número que antecede al uno
y que no se llama cero porque el cero aún respira”.
Lo llamaré con nombres que inventa mi lengua
para luego escupirlos como huesos de aceituna,
porque sé que ninguno alcanza, que ninguno roza
la piel de ese reverso del tejido cósmico.

X

Pero algo, ay, algo intuyo:
cuando la eternidad acabe, no habrá luto.
No habrá ángeles que lloren lágrimas de estaño,
no habrá constelaciones que guarden un minuto de silencio.
El luto es un lujo de lo finito,
un privilegio cálido de los que viven
y pueden despedirse porque hubo encuentro previo.
Allí donde la eternidad se pliegue sobre sí misma
y desaparezca como un sueño dentro de otro sueño,
no habrá nadie que recuerde, nadie que olvide,
porque recordar y olvidar eran los dos pulmones
con que respiraba el tiempo,
y el tiempo habrá exhalado su último oxígeno
mucho antes de que la eternidad tosiera.

XI

¿Y nosotros? Preguntas con esa vocecita
que usan los humanos cuando hablan con lo inmenso.
Nosotros, amor mío, hace ya tantos eones
que habremos regresado al polvo de las nebulosas
que nuestra ausencia será una nota al pie de página
en un libro que la eternidad quemó
mucho antes de cerrar su biblioteca.
No estaremos para verlo, no estaremos para no-verlo,
no estaremos para añorar no-estar.
Eso que llamas "tú", eso que llamas "yo",
será una vibración extinguida en una cuerda
de un violín que ya no vibra en una orquesta
que ya no toca en un teatro que ya no existe.
Y sin embargo (porque siempre hay un "sin embargo",
incluso allí donde los embargos se cancelan),
algo de lo que fuimos, no nuestro nombre ni nuestra carne,
sino el temblor que provocamos en otros cuerpos,
la caricia que dimos sin esperar retorno,
el verso que escribimos en un papel que el viento robó,
algo, digo, una huella sin contorno,
un perfume sin flor, un eco sin sonido,
se integrará en la urdimbre de lo que ya no será,
será parte del tejido que la eternidad deshace
y que tal vez, quién sabe, en otro ciclo,
en otro aliento de otro dios más joven,

sirva para tejer un cosmos diferente
donde alguien, algún día, vuelva a preguntar
qué había antes del principio,
y una voz le responda: El fin de la eternidad,
que fue el principio de esto que ahora empiezas.

XII

Pero todo eso son cuentos, proyecciones,
linternas que enciendo en la cueva del concepto
para no admitir que no puedo ver.
La verdad es más dura, más desnuda, más simple:
cuando la eternidad termine,
no habrá un "después" que podamos señalar,
porque "después" era un servicio que ella nos prestaba,
una dirección en el mapa que ella dibujó.
Terminada la eternidad, el lenguaje se repliega,
las palabras se secan en la boca de los vivos,
los diccionarios se vacían como ríos hacia un mar
que ya no existe, que ya no existió nunca.
"Fin de la eternidad" es una frase imposible,
una contradicción que se muerde la cola,
una serpiente que engulle su propia definición.
Porque si la eternidad termina, nunca fue eterna;
y si nunca fue eterna, ¿qué es lo que termina?

La mente tropieza, cae, se rompe las rodillas.
Aquí acaba el sendero. Aquí empieza la niebla.

XIII

Bienvenido a la niebla, caminante.
Aquí no hay norte ni sur ni brújula ni estrella.
Aquí no hay preguntas porque las preguntas
necesitan un suelo de certeza para erguirse,
y este suelo se ha vuelto gas, hipótesis, jadeo.
Bienvenido al después de la eternidad,
donde ya no tecleo este poema,
donde ya no lees estos versos,
donde ya no respiras, ya no pestañeas,
ya no pasas la página, ya no enciendes la luz.
Donde este "donde" no ubica, no sitúa, no existe.
Bienvenido al afuera del todo,
donde no hay bienvenida porque no hay puerta,
donde no hay llegada porque no hay camino,
donde no hay huésped porque no hay anfitrión.
Bienvenido al poema que se escribe a sí mismo
con tinta que no moja, en papel que no arde,
para un lector que no lee, en una noche que no cae.

XIV

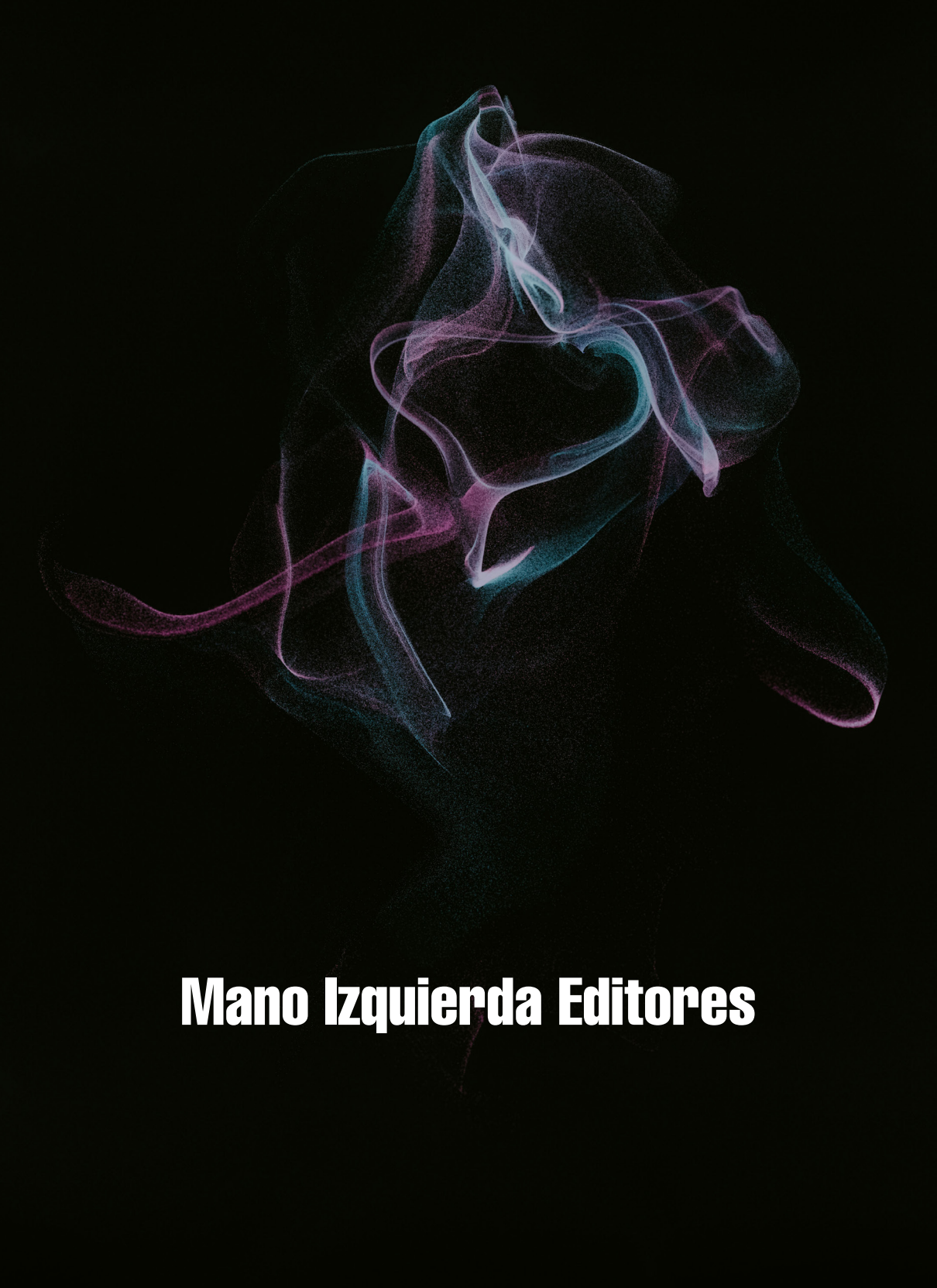
La eternidad termina aquí, en este verso.
Justo aquí, donde el punto final debería posarse
como una gaviota en un poste de madera.
Pero el punto no llega. No llegará.
Porque en el afuera de la eternidad
ni siquiera el final termina.
El final se deshace, se diluye, se olvida
de que alguna vez fue final de algo.
Ya no hay barandilla, no hay borde, no hay precipicio.
Solo una calma que no es calma,
un blanco que no es blanco,
un silencio que no es silencio porque nunca hubo sonido.
Aquí, donde estas letras ya no significan,
donde la "e" de "eternidad" se ha fugado
y la "t" de "tiempo" se ha dormido,
aquí, en este afuera donde ni siquiera hay afuera,
alguien (pero no hay alguien) algo (pero no hay algo)
respira (pero no hay aire) hondo (pero no hay pulmones)
y dice (pero no hay voz) "otra vez" (pero no hay primera).

XV

Y ese "otra vez" que no se dice, que no se escucha,
que no remite a un ciclo anterior ni promete un próximo giro,

ese “otra vez” que flota en la no-sustancia
como una burbuja de jabón en una tarde sin niños,
es el único oráculo posible, la única profecía
que el fin de la eternidad nos concede o nos niega.
Porque ese “otra vez” no significa repetición,
no significa retorno, no significa nueva oportunidad.
Significa que el colapso de lo eterno
no deja vacío, no deja lleno,
deja una especie de disponibilidad sin adjetivos,
una apertura sin puertas, un quizás sin pregunta,
una pura potencia que no es potencia de nada,
una promesa que no promete, un germen que no germina,
un vientre que no gesta, una palabra que no nombra.
Deja, en fin (y este “en fin” es el último clavo en el ataúd
del lenguaje que muere con la eternidad),
deja la posibilidad de que la posibilidad exista.
Y eso basta. Eso sobra. Eso inaugura
lo que ningún poema podrá nunca decirte.

廖致遠 廖致遠
廖致遠 廖致遠
廖致遠 廖致遠
廖致遠 廖



Mano Izquierda Editores